



## Rubens en casa de Velázquez

Notábase grande agitación, en una mañana del otoño del año 1629, en una de las celdas de El Escorial, inmediata al palacio que hay contiguo y pegado á un ala de aquel inmenso Monasterio, que podía tomarse por una ciudad. Arreglábase aquella gran celda, colocando con mucho cuidado varios cuadros sobre los caballetes, y era la habitación del joven y célebre pintor D. Diego Velázquez, y el movimiento que se notaba daba claro y seguro anuncio que esperaba alguna visita solemne. Aunque Velázquez sólo tenía treinta y cuatro años, se había formado ya en España una reputación que crecía todos los días. Tenía numerosos discípulos que, con avidez, recibían sus lecciones. El rey D. Felipe IV, un rey poeta y artista, que amaba las artes tanto que por su cultivo descuidaba los negocios del Estado, dejándolos en manos del inepto conde-duque de Olivares, había reconocido uno de los primeros el genio de Velázquez. Lo había hecho su primer pintor y además gentilhombre, y quería que viviese cerca de él en el mismo Escorial. Hasta tenía una llave de su cuarto, y comunicándose con él desde palacio, iba muchas veces á verle trazar los bocetos, y aun con sus augustas manos hacía algunos dibujos á la vista del artista.

Diego Velázquez había recorrido Italia, Alemania y Flandes. Había visto á Rubens y de este viaje había sacado grandes conocimientos muy útiles.

Hallábase en la casa de Velázquez un ser extraordinario, singular: un mulato, pobre esclavo, tímido, de genio corto, á quien quería mucho el pintor, que le protegía. Pero en su ausencia, el esclavo era el juguete de sus discípulos; malas intenciones de jóvenes que no se

compadecen de las desgracias de sus semejantes y que si pueden divertirse un poco no vacilan en afligir á un infeliz.

Para la inteligencia de lo que estamos contando, diremos en dos palabras la historia de este esclavo:

A petición de Felipe IV, hizo Velázquez el retrato del célebre almirante Pareja. Encantado el marino de ver su retrato tan maravillosamente concluído y tan perfecto parecido por el pintor más célebre de España, vino á darle las gracias acompañado de un esclavo, joven mulato que había comprado en Indias, y que llevaba para el pintor una magnífica cadena de oro. Cuando se marchó el almirante, el esclavo, que se llamaba Juan, fué á seguir á su amo; pero el áspero marino le dió un puntapié.

—¿Piensas—le dijo—que cuando yo ofrezco una cadena de oro no dejo también el estuche? Pertenece desde este momento al Sr. Velázquez.

Salió con altivo paso apenas hubo dicho estas palabras. El pobre mulato, con el rostro afligido que da la esclavitud, con el aire asustado, se quedó allí, y los discípulos lo tomaron como un ser estúpido con el que podrian divertirse. La manera con que había entrado en el taller fué para ellos un manantial inagotable de chanzas. Quisieron darle el gran nombre de su primer amo, y le llamaron Juan Pareja, nombre que conservó siempre. Velázquez le encargó el cuidado y el aseo del taller, cosa que era de poco trabajo, pero que debía ejercitar su paciencia.

Juan estaba muy contento siempre que el artista estaba allí; pero en cuanto salía, el esclavo tenía que sufrir de los discípulos una porción de incomodidades que cada día iban en aumento. Las sufrió largo tiempo con magnánima resolución. Cansado al fin, de las chanzas y burlas



de los discípulos, tomó el partido, para evitarlas, de huir, cuando no se hallaba Velázquez, á una especie de caramanchón desconocido, en donde se escondía y ponía al abrigo de sus perseguidores.

Se ha dicho que el hombre es imitador, y que la industria llama á la industria, y las artes se propagan por el contacto; pero es necesario algo más que la aplicación de este proverbio para formar un artista; y, sin embargo, hay que confesar que las circunstancias despiertan frecuentemente el sentimiento del arte en las almas donde no parece que existía. No había podido Juan ver pintar dos años seguidos, ni oír durante estos dos años á los más grandes personajes ensalzar hasta el cielo la pintura, sin concebir un invencible deseo de manejar también los colores. Para distraer las largas horas de soledad en que aguardaba la vuelta de su amo, intentó Juan pintar. Allí tenía pinceles de deshecho y restos de colores que reunía ya en un lado ya en otro. Conocía él mismo que no hacía más que emborronar, pero hallaba gusto y diversión en ello, guardando un silencio absoluto sobre esta distracción secreta que nadie sospechó.

En medio de la agitación que reinaba, como hemos dicho, en la habitación de Velázquez, el pobre esclavo parecía más ocupado que nadie, porque todos le daban órdenes y le mandaban algo; era que se aguardaban dos ilustres visitas. La una era el rey Felipe IV, por el que, por sus frecuentes venidas al taller, no se hubieran tomado tanto cuidado y trabajo; pero el otro se llamaba Pedro Pablo Rubens, y el ciudadano de Amberes era para Velázquez y sus discípulos muy superior al rey de todas las Españas: era su soberano, el rey de la pintura, el gran maestro de las artes. Entonces no se pronunciaba en Europa, sino con un respetuoso entusiasmo, el gran nombre de Rubens. En su generosa patria, en Holanda, en el Imperio, en Francia, en Italia, en Inglaterra, en todas partes era aquel nombre reverenciado y muy digno de serlo.

Era Rubens el amigo de todos los príncipes. María de Médicis le quería; Felipe IV le había colmado de dignidades; el rey de Inglaterra, Carlos I, le había creado caballero en pleno Parlamento; la infanta Isabel se complacía en sentarse cerca de su caballete. Habían cubierto sus lienzos todas las galerías de Europa; había formado escuelas de pintura y de grabado, que debían asombrar al mundo.

(Concluirá.)



## HISTORIA NATURAL

### EL GATO

No necesitamos, ciertamente, describir á este animal. ¿Quién de nuestros lectores no le conoce? Este individuo de la raza felina, vive en nuestras casas desempeñando la función importantísima de defenderlas contra la terrible plaga de los ratones. Se le pueden perdonar todos sus defectos en gracia al beneficio que nos reporta ahuyentando y destruyendo á enemigos tan molestos. Verdad es que su lealtad deja bastante que desear, y que encargado como está de la misión policiaca de perseguir á los ladrones de nuestras despensas, aprovecha los descuidos de las cocineras para robar á su vez lo que más le apetece; verdad es también que á lo peor contesta á las caricias que se le hacen, *sacando las uñas*, y no es menos cierto que cuando le acometen los dolores de muelas, allá por el mes de Enero, suele darnos unas serenatas bastante desagradables; pero hay pocas casas donde no se utilicen sus servicios, que son en realidad insustituibles, digan lo que quieran los fabricantes de ratoneras.

En el gremio gatuno, como en otros muchos, hay además honrosísimas excepciones. Hemos conocido gatos amabilísimos que se dejaban manejar y mortificar, inclusive, por los niños, sin hacerles el menor daño. Los hemos visto con cualidades de fidelidad más propias de perros, y de tan bondadosa condición que vivían fraternalmente con conejos y pájaros.

Muchos de estos casos nos los hemos explicado por el modo con que eran tratados, pues si hasta los aires quieren correspondencia, como dice el refrán, los animales no son menos propensos á bailar al son que les tocan, como las personas.



Todos conocemos las mil monedas y las graciosísimas posturas que tienen de pequeñitos, así como la pulcritud con que se limpian de la menor mancha que cae en su lustrosa piel.



No olvidemos consignar en su abono, que es un animal que se lava la cara.

La piel está muy cargada de electricidad, y de noche, frotándose, se ven saltar chispas. Sus más encarnizados enemigos fueron los posaderos y fondistas, que les persiguieron de muerte, si bien es verdad que les hacían honores póstumos ascendiéndolos á liebres.



## LA ESCULTURA CON AGUA CALIENTE

Para reproducir en relieve sobre madera una moneda ó medalla, no se necesita ser escultor ni tener habilidad de tallista. Sin saber manejar los cinceles, ni haber modelado jamás, ni saber dibujar siquiera, puede obtenerse aquel relieve por el sencillo procedimiento que vamos á explicar.

Tomamos un trozo de madera blanda y de fibra corta; la madera de tilo es la más apropiada para el caso. Este bloque cuadrado debe tener 10 centímetros de lado y unos cuatro

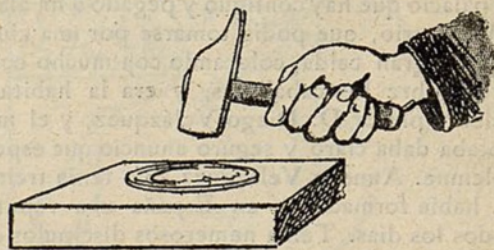


Fig. 1

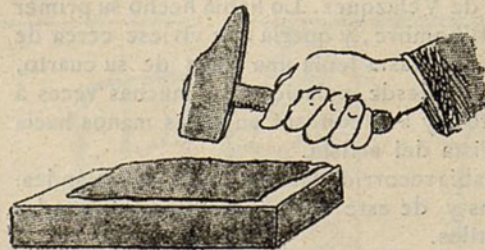


Fig. 2

de grueso y estar bien cepillado y liso, para lo cual lo mejor es encargar este bloque al carpintero. Nos procuraremos una medalla de bastante relieve, y en su defecto, una moneda que no esté desgastada por el uso. Si colocamos la moneda ó medalla sobre la madera y la golpeamos fuertemente con un martillo, sus detalles quedarán señalados en el bloque (fig. 1.<sup>a</sup>); pero como pudiera estropearse la medalla ó moneda sobre que se ma-

chaca, es lo más conveniente que, después de ponerla sobre la madera, coloquemos encima una lámina de plomo (fig. 2.<sup>a</sup>), pues de esta suerte, como el metal de la moneda es más duro que el plomo y que la madera, éstos son los que ceden al golpe, y la moneda no se estropea.

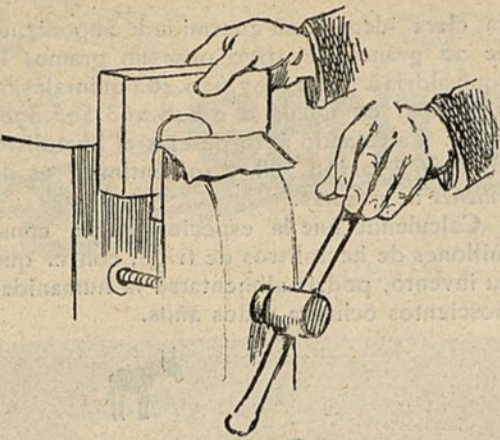


Fig. 3.

Los martillazos

deben ser fuertes y han de darse bien á plomo para que la pieza se señale perfectamente, por lo cual aún sería mejor que emplear el martillo, servirse de un torno de cerrajero ó de carpintero, para hacer la presión con mayor igualdad (fig. 3.<sup>a</sup>),

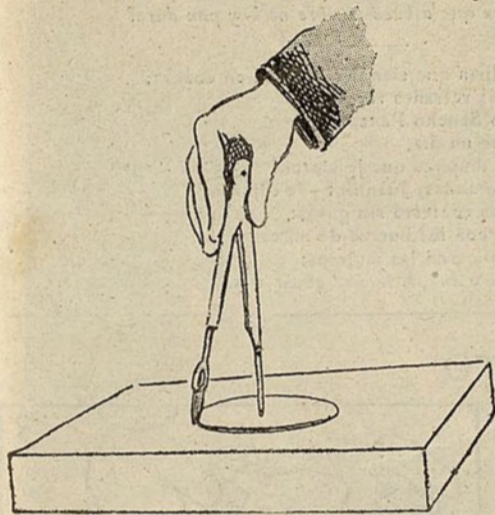


Fig. 4.

teniendo cuidado de poner láminas de plomo, como indica la figura, para defender nuestra obra de la mordedura del torno. Apretaremos éste cuanto consientan nuestras fuerzas y lo dejaremos así durante unos veinte minutos, pasados los cuales aún podremos apretar un poco más la presión. Después de otro cuarto de hora, se afloja el tornillo y se saca el trozo

de madera, en el que se habrá efectuado la primera operación de nuestro trabajo, pues aparecerán como en un molde los detalles todos de la pieza que tratamos de reproducir en relieve. Con un compás y haciendo centro en el de la pieza impresa, se traza un círculo á un milímetro de distancia de su contorno (fig. 4.<sup>a</sup>).

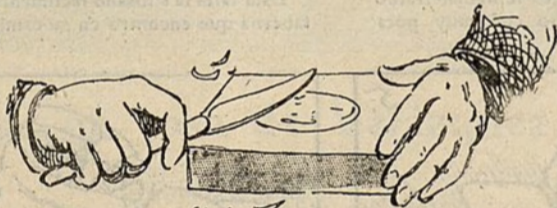


Fig. 5.

Con una navajita se va rebajando la madera alrededor del

círculo con una profundidad ó espesor de unos seis milímetros, y se procura con la navaja que quede la superficie lo más igual posible (fig. 5.<sup>a</sup>) y se termina de igualar con papel de lija.

Ha llegado el momento de convertir al agua caliente en hábil escultor, aprovechando la habilidad que tiene para hinchar las fibras de la madera. Póngase á hervir agua en una vasija y viértase el agua sobre la madera colocada en una cacerola, y (figura 6.<sup>a</sup>) se verá cómo las fibras de la madera que estaban comprimidas por la presión de la medalla, van á levantarse en relieve, proporcionalmente á la presión sufrida. Es decir, que los relieves más sa-

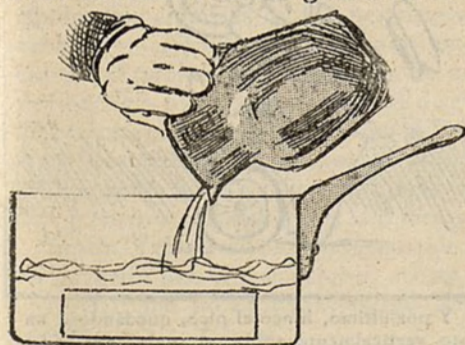


Fig. 6.

lientes de la medalla, que son los que hicieron huella más profunda en la madera, serán los que más sobresalgan, mientras que las partes huecas quedarán más bajas. Todo ello se elevará sobre la superficie que hemos rebajado con la navaja, y por consiguiente, tendrá todo el aspecto de un verdadero relieve tallado en madera.

Para el efecto completo es preciso que la madera esté perfectamente seca, y esto debe procurarse sin acercarla al fuego ni colocarla al sol, sino dejándola secarse lentamente por evaporación.

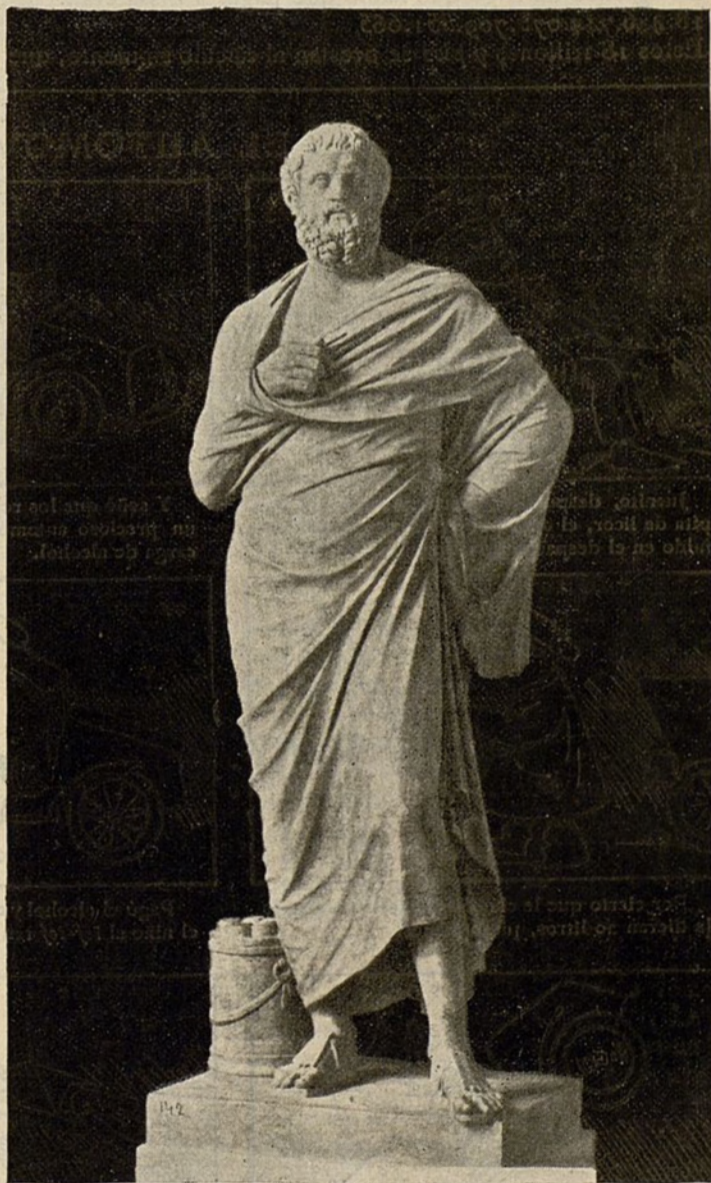
Terminada la obra de escultura, queda sólo su acicalamiento para su más artística apariencia. Al efecto, se tiñe con nogalina la parte del relieve para darla aspecto de nogal ó roble, y una vez seca la tinura, se le da con un pincel una mano ligera de barniz copal. Después de bien seca la primera mano, con una segunda se obtendrá el brillo. El resto de la madera que sirve de fondo al relieve, puede cubrirse de seda ó terciopelo delgado para mayor adorno.



## BELLAS ARTES

### ESTATUA DE SÓFOCLES

El gran poeta trágico de Grecia, cuya estatua publicamos, nació cerca de Atenas por los años 495, 496 ó 497, antes de la era cristiana, y era hijo de un industrial que



tenía desahogada posición. Sófocles se dedicó primeramente al estudio de Homero y los poetas épicos y líricos de Grecia, y después se consagró á la música. A la edad de quince años ó de dieciocho á lo más, poco después de la victoria célebre de Salamina, fué encargado de acompañar

con la lira un coro de jóvenes. Su talento como autor dramático se reveló á los veintiocho años con una tetralogía que obtuvo el premio en un certamen. Dicen sus biógrafos que venció en otros 20, y que nunca descendió en los concursos del segundo lugar.

Fué actor y autor durante algún tiempo, consagrándose últimamente á escribir sus célebres tragedias, que pasaron de 100 En ellas no trató ya como Esquilo, su predecesor de los dioses, sino que dió al teatro caracteres humanos en sus héroes. Compuso también Sófocles unos cien dramas satíricos.



## EL PRECIO DE UN INVENTO

Entre las varias versiones que existen acerca del origen del juego de ajedrez, la más generalizada atribuye este invento á un brahmino llamado Sissa. El rey, queriendo premiarle, le dijo que eligiera la recompensa, y el sacerdote de Brahma, con aparente modestia, le contestó:

—Señor, no quiero nada más que un grano de trigo por la primera casilla, dos por la segunda, cuatro por la tercera y así sucesivamente, doblando hasta la 64 de que consta el tablero.

Para los que no conocen la rapidez de las progresiones, parece la cantidad insignificante; pero aun para aquellos que saben de qué modo aumenta una cantidad, resulta el total muy superior á sus esperanzas al hacer el cálculo.

Los granos de trigo que había que pagar á Sissa eran:

18.446.744.073.709.551.665

Estos 18 trillones y pico se prestan al cálculo siguiente, que

da clara idea de su enormidad: Suponiendo que cada grupo de 25 granos de trigo pese un gramo, la cantidad citada equivaldría á 7.372.697.629.483 quintales métricos y 82 kilos, ó lo que es igual, á 9.848.263.505.378 hectolitros y 42 litros. Calculando á 20 pesetas el hectolitro, el trigo valdría 196.956.370.109.568 y 40 céntimos; es decir, cerca de dos billones de pesetas.

Calculando que la especie humana consume al año 3.000 millones de hectolitros de trigo, con el que Sissa pidió por su invento, podría alimentarse la humanidad durante tres mil doscientos ochenta y dos años.

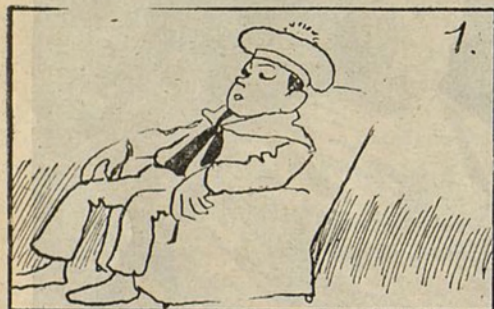


## QUISICOSAS

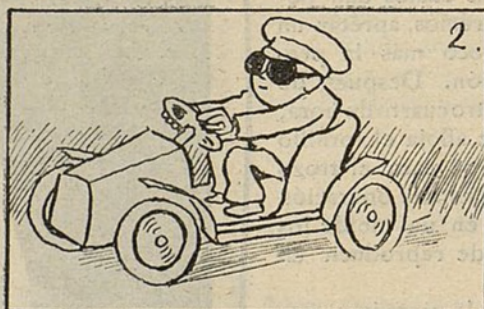
Hambriento Arturo Frías,  
llegó á encontrar un pan de quince días.  
Le cogió prontamente;  
pero al irle á mascar, se rompió un diente  
y así exclamaba Arturo:  
—¿Quién dice que á buen hambre no hay pan duro?

Érase un Juan que siempre hablaba en chanza,  
y siempre más refranes repetía  
que el mismo Sancho Panza.  
Y sucedió que un día,  
dos burlonas mujeres que le vieron:  
—¿Por dónde andas, Juanillo?—le dijeron.  
El esta vez las contestó sin guasa:  
—Ando aquí con los burros de mi casa.  
A lo cual replicaron las mujeres:  
—¿Di con quién andas, te diré quién eres!

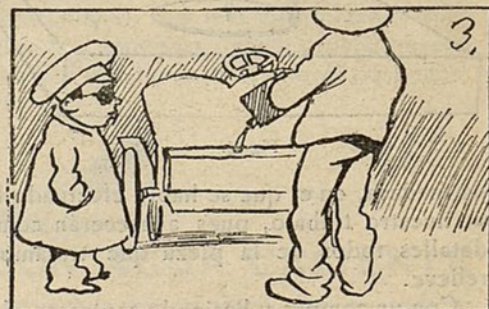
## EL AUTOMOVIL DE JUANITO



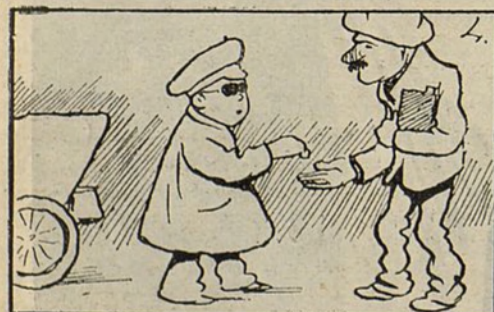
Juanito, después de comer, y beber una copita de licor, el día de su santo, se quedó dormido en el despacho de su papá.



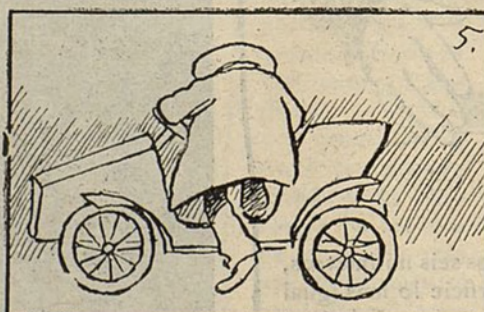
Y soñó que los reyes magos le habían traído un precioso automóvil, pero con muy poca carga de alcohol.



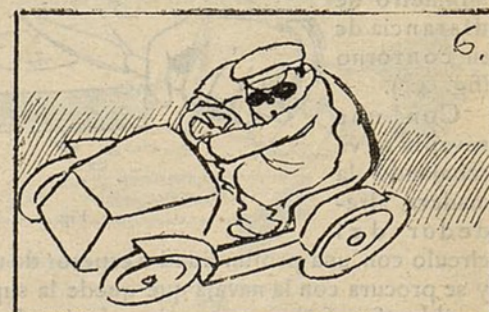
Esta falta la subsanó fácilmente en la primera taberna que encontró en su camino.



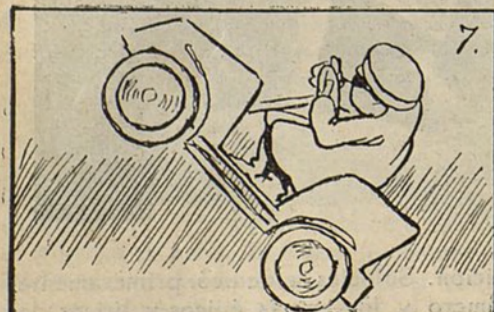
Por cierto que le chocó que por 20 céntimos le dieran 20 litros, ¡nada menos!



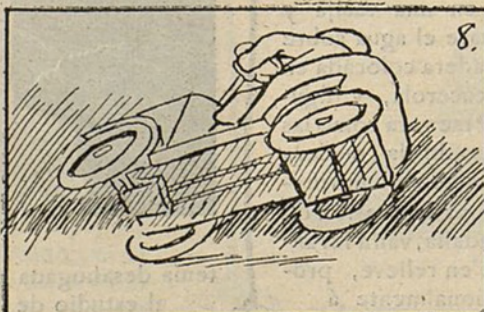
Pagó el alcohol y después de embragar, subió el niño al tef-tef tan campante.



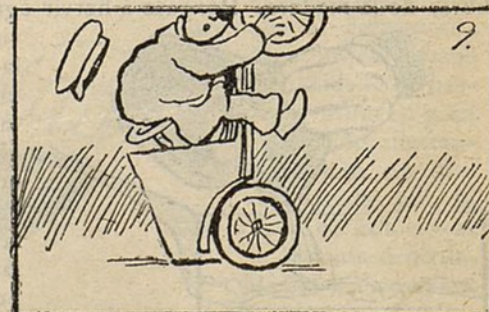
Apenas comenzó á marchar, el vehículo dió un fuerte balance hacia la izquierda. ¡Cosa más rara!



Luego dió un respingo hacia atrás, que por poquito no le hizo dar la voltereta.



En seguida empezó á correr con la rueda derecha del juego delantero.



Y por último, hincó el pico, quedándose un rato verticalmente sobre el suelo, con gran sobresalto de Juanito. (Se continuará.)